

Por Don Gual

EL ANDARIN Carvajal, cerrando y abriendo portezuelas de autos, bajo la marquesina del "Inglaterra", con sus medallas y su gorra seudoyetista es el último "abencerraje" de la Acera. El gran atleta cubano, parece aquel veterano de Auterlitz que enseñaba la tumba del Petit Caporal, a los visitantes. Yo ví al Emperador en Wagram, en Solferino, en Waterloo, en la vuelta de Moscú...

Carvajal puede decir yo conocí al General Maceo, refresqué con Julio Sanguily (el del rescate), y rumbéé con Sotico, aquel gallardo soldado de la revolución. Es Carvajal lo último que nos queda en archivo. Y ojalá lo siga siendo por muchos años.

En mi primera crónica, después de situar a la Acera en el mapa habanero, recordé nombres.

Algunos faltaron, lo sé, pero mi memoria no es infalible, y aquí, quizás recuerde algunos antes de terminar esta segunda parte. Cuando empecé a frecuentar a la acera fué allá por el 1908, después de doce años de ausencia, y debo confesar que tenía un "poco de respeto", pues me habían asegurado que aquellos "muchachos" de muy largos pantalones eran más terribles que los de pantalones cortos. Pero tuve la suerte de que hice mi entrada una tarde con mi entonces nuevo amigo Bebito Echarte, que me garantizó que a él lo respetaban, pues aunque "bebito" se había comido toda la "Bananina" que en aquellos días anunciaban los hermanos Ramón y Pepe Crusellas. Esa tarde un ~~autonómico~~ limpiabotas me lustró ~~los zapatos~~ amarillos que me ~~compre~~ al llegar a La Habana, para "imitar" al par que le había visto a Rafael Posso, quien ya era "árbitro-elegantiarum" de La Habana, compartiendo con los "incroyables" de Segundo García Tuñón, René de Zurich, Fernando Mesa, Jacinto Pedroso, Rafael María Angulo, Antonio Santeiro, Pepe Vila y otros de aquella época. Luego el bondadoso Bebito me llevó a "Darle Vueltas a la noria" que era pasear en un coche de lujo (coche de la Acera) Prado abajo, Malecón a la izquierda, y luego una "pasadita" por San Lázaro y por Consulado, dos calles que tenían las "chiquitas" más lindas de La Habana y de las cuales guarda Don

Gual recuerdos imborrables...

Era de ritual pararse en Vista Alegre para tomarse una ginebra compuesta, algo que hice esa tarde, para dármelas ya de "muchacho" y porque no podía desairar a Bebito, mi hombre providencial.

—Allí donde están construyendo ese hotel que le van a poner Manhattan —me dijo mi cicerone— estuvo un café, que era todo un emparrado y se llamaba "Las Cuevas de Bellamar".

Cuando volvimos a la Acera nos tomamos la "segunda" en el País de Inglaterra donde el amable descendiente de los Echarte me presentó a un locuaz "viejito", que era nada menos que Pablo Mazorra, a quien llegué a querer mucho. También me presentó a su "dandy" de barbas mosaicas y flor en el ojal. Me dijo: Mi nombre es Antonio Bollag, pero llámeme Tony. Yo lo miraba embobado. Se me parecía al Rey Leopoldo de Bélgica, aunque un poco recortado. ¡Que polainas blancas! Yo estuve loco por usarlas, pero nunca me atreví. En los inviernos siguientes las usé grises, animado por unas que le ví a Perelló de Seguro, que paseaba su monóculo por la Acera con valor espartano.

Frente a "El Cosmopolita" nos topamos con un grupo, que Bebito calificó de notable. Procura —me dijo— caer bien. Ni le des idea de que les temas, ni te hagas el mundano, pues ellos te van a "conocer" en seguida.

El grupo era "de encargo", aunque yo estoy seguro que Bebito Echarte no lo encargó para que me hicieran el recibimiento.

Allí estaban Carlitos Macía, Ramiro Mazorra, el "Bizco" Guilló, Pepe Estrampes, Ramón Hernández, Alfredo Arango, Andrés Hernández, Raúl Cay, Eugenio Santacruz, Lorencito Betancourt, Faustino de la Villa, Luis Toraya, Pío Gaunard, Leopoldo Supervielle, y dos o tres más que no recuerdo.

Con disimulo, muy propio de aquellos humoristas de la famosa Acera, iniciaron conversaciones para tomarme un poco de mi entonces y ondeado pelo. Como nuevo en aquel ambiente, tomé en serio al señor asturiano (¡que pronunciación más perfecta de fabada y sidra;) que llamaban Mateo, y luego resultó ser un descendien-

te directísimo de los Condes de Jaruco y de Mompox.

Pepe Estrampes empezó a hablar como "americano barato" y yo le dije por lo bajo a Bebito: Este quiere que yo lo tome por un pato de la Florida...

Luego me convencí que el valeroso amigo, no podía hablar mejor el castellano a pesar de que lo había practicado mucho en la manigua inmortal. Raúl Cay, que era un señor alto y muy colorado me dijo que era chino... Yo le dije que lo disimulaba muy bien, pues parecía un inglesito... ¡Para que fué aquello! Me increpó en el dulce e inexplicable idioma de Lin Yu Tan, hasta que averigué, que el hombre se sentía chino y que hasta comía el arroz con palito.

Carlos Macía me dijo: ¿Es verdad que usted viene de Yucatán? —Sí —le dije—. Allí empecé mi carrera... —Bueno —ripostó el pelotero humorista—, tenga cuidado, que aquí lo pueden poner out... Yo sudaba a mares, a pesar de que era una tarde muy fresca de abril Ramón Hernández me elogió la corbata. Es de foulard —le dije sonrojándome. —De Fular o de Fulano, yo le aconsejo que no pida corbatas prestadas... Andrés Hernández me miró el bastón. Era una fina cañita, entonces muy "a la moda". Me la tomó finamente de la mano, y se la pasó a Ramiro Mazorra. —Mira ¿tú no querías tomarte otra cañita? Y Ramiro el trovador se quedó con ella. Alberto Guilló me preguntó: ¿Es verdad que en Yucatán se bebe un aguardiente que se llama habanero? —Es verdad, pero es intragable... No terminé la oración. ¡Me quedé helado! —Espero, jovencito, que esa su opinión la limite al aguardiente yucateco...

Yo seguía sudando a mares. Luego Pío Ganauard que había sido compañero de juventud de mi padre, se apiadó de mí, y me invitó a tomar un trago. ¡Yo pedí un "agua con paneles!" El miedo me había dado mucha sed.

Al día siguiente volví valientemente, a pasar por "El Cosmopolita"... Ramiro Mazorra me devolvió la cañita. Pepe Estrampes me dió un manazo en la espalda, y me gritó: You are a hell of a Nice fellow. Y así fué como quedé "iniciado" en la noble y muy "Antigua Orden de la Acera del

Louvre", que ya del Louvre no tenía ni el bar ni el restorán.

Creo que fué Gustavo Robreño quien me presentó a Doña Pilar, en una tarde dominguera, a la hora en que la simpática y generosa hostelera, descendía "apres la douche", de sus habitaciones del primer piso para inspeccionar el comedor, ya preparado para la comida de la noche. Muy encorseletada la señora del Toro, repartía saludos y sonrisas. Cerca de ella, como Ana de Glavary en el número de Waltz de "La Viuda Alegre", estaban sus "muchachos" amigos como Silvio de Cárdenas, Paquito Pérez, Cecilio Acoña, Paquito Guzmán, Emilio Boves y Luisito Echevarría, a quien ya había immortalizado su nom-de-plume o nom-de-guerre-de Timbiche. Recuerdo el efecto que me hicieron los magníficos diamantes con que se adornaba Doña Pilar. Al poco rato me presentó a la familia: su correcto esposo Don Guillermo del Toro, y su encantadora hija Pilarina, esposa del barítono José Piquer, de vecino Teatro Albisu.

De pronto Doña Pilar se puso de pie, bien lo recuerdo, y avanzó para recibir a un elegante caballero, de albo jipi, negro traje y felinos mostachos. Ese es —me dijo Robreño— Don Manuel Sanguily, el de las Hojas Literarias que viene a veces a charlar a "El Telégrafo", sin serle infiel a su grupo de "El Anón del Prado".

RECUERDOS

Qué gran figura la del ilustre habanero. Ya yo lo había visto de lejos, cuando yo pasaba por "El Figaro" allá en Obispo, en aquella peña literaria donde luego traté también a Varona, a Valdivia a García Enseñat, a Zerep, a Pichardo a Urhbach, a Catalá, a Panchita Chacón y en una tarde inolvidable, a Rubén Darío, el poeta de "La Marcha Triunfal".

Doña Pilar, quien vive todavía rodeada de su hija, nieta y biznietos, era muy liberal. Por eso los portales de "El Telégrafo" se le llamaba la zona liberal, y allí se veían a los Carbonell, a Hernández Miyares, al General Eusebio Hernández, a Carlos Mendieta, a Ferrara, a Márquez Sterling, a Miguel Mariano Gómez, al General Asbert, a "Barrerita" y a otros connotados políticos de entonces.

3

Mi entrañable amigo Gustavo Robreño es un fiel guardián de los recuerdos de aquella "Acera" de Prado entre San Rafael y San Miguel. Pasar una noche en su casita del Vedado, es oír, desde que se llega, ¡historia habanera! El aplaudido actor es hombre de gran memoria, y por su caballerosidad y talento fué amigo de todos los "muchachos" del histórico lugar.

Uno de mis primeros amigos que me presentó a media "acera" fué el chispeante Alfonso Martínez Fabián. Por él supe de diez mil cuentos, todas fechorías de "los muchachos de la Acera". Por él supe de la indignación de aquel malhumorado "sereno" de la "colonia" que se enfrentó con un criollo en Obispo Sereno —le dijo— ¿usted no ha oído sobre el último decreto de Su Majestad Doña María Cristina? —Hombre, francamente no. —Pues ha dictado un decreto cambiándoles a ustedes el nombre. En vez de "sereno" se llamarán "rocío"... El criollito tuvo que dar mucha "sán-sara", para que el indignado guardador del nocturno orden no lo apaleara.

Una figura que pasó fugaz, pero que dejó huellas fué el infortunado Héctor Pulgarón, quien después de varios años de ausencia, por tierras de España, le apareció en La Habana con dos títulos: Ortopedista y Marqués de Muñoz Baena. Este último, de proleccia vaticana. Además de aquellos títulos tan "antípodas" se apareció con unas barbas muy negras y muy abundantes, en una época en que ya ese peludo adorno había sido abolido con el beneplácito de Mr. Gillette. Y ya se pueden ustedes imaginar lo que fué la aparición de Pulgarón, en la Acera, y en el "Patio de los Laureles" de la Universidad donde trataba de revalidar su título académico de Madrid. —¡Barbazas!, le gritaban por todas partes. Algunos bondadosos corazones se encargaron de defenderlo de las "turbas Acéricas" y hasta se exponían a acompañarlo en su coche, Prado arriba, Prado abajo.

Al obtener su reválida el flamante ortopedista, se le ocurrió regresar a Europa, dentro de la casaca diplomática. Algún amigo, cronista de salones, lanzó la idea de que el Marqués de Muñoz Baena, soñaba con un puesto de

secretario de la Legación de Cuba en Bruselas. Héctor hubiera hecho un buen papel, pues hablaba idiomas y era hombre de buen capital. Pero, el entonces Secretario de Estado, el ya mencionado Don Manuel Sanguily, no le convenía eso de mandar a la capital de Bélgica, a un señor "con toda la barba", ortopedista y título pontificio.

Una tarde, bien lo recuerdo, le dijo un "muchacho" de la Acera: Marqués. Usted es un hombre muy fino, muy culto, muy noble, y muy rico; pero no ha caído bien, porque se "pone muy serio". Yo le aconsejo que haga algunas travesuras, y entonces usted verá el cambio. ¡Hasta lo van a mandar a Bélgica!

Y convencido el Marqués de la bondad del consejo, decidió hacer una "grande". ¡Y bien grande! Y esa noche, para darle una sorpresa a sus amigos de la Acera, después de invitar a cuatro "pasajeros" de los asiduos a la peña del Hotel Telégrafo, se encararó en el pescante de su lujosa victoria, y se puso a dar vueltas al Parque Central, entre las ovaciones de los muchachos...

De pronto ¡tableau! sus aterrizados ojos se fijaron en la magna silueta del Canciller de la República, quien apoyado sobre su bastón de oro y ébano, contemplaba las demostraciones automecónticas de Pulgarón. Huelga decir que Don Héctor se tiró del pescante, y repuesto del susto se paseó por el frente de "El Telégrafo", como si nada hubiera acontecido...

—Buenas noches Don Manuel —gimió cuando ya se sentía más dueño de sus nervios. —Buenas noches contestó Sanguily—. Ya he visto lo bien que luce usted en un pescante... Y le clavó aquellos ojos azules, que vimos fulgorar tantas veces...

Desde esa noche, el infortunado Marqués, dejó de luchar por aquella secretaría en Bélgica.

EXCENTRICOS Y BEOMISTAS

Uno de los hechos más comentados en la Acera fué el paseo a caballo del luego gran congresista Cecilio Acosta, por los señes de "El Telégrafo" y su empeño de elevarse con cabalgadura y todo, por el ascensor de Doña Pilar.

¿Quién de aquella época ha podido olvidar el "bautizo picúo" que

4

escenificaron unos divertidos "muchachos" de la extrema izquierda, como Silvio de Cárdenas, Paquito Pérez, Luisito Echevarría, Rodolfito Alvarez, Cecilio Acosta, José Palma, el yucate Olegorio Montes, Eddie Abreu y no sé cuántos más? A "Ruddy" Alvarez, por ser el más pequeño le tocó ser el "neófito" envuelto en un albo faldellín, cargado por una nodriza que no recuerdo si fué Villita o Emilio Boves. En más de quince "arrastrapanzas" los ya muy alegres "muchachos" recorrieron toda la ciudad, después de la ceremonia bautismal, que fué en un lugar de San Cristóbal de La Habana "cuyo nombre no quiero recordar". Estaban representados los satisfechos padres, los orgullosos padrinos, el cura, el monaguillo, los abuelos, los primos y los amigos, que se unieron espontáneamente al regocijado desfile. Total: al día siguiente el pobre Rodolfito con una "pitima" de padre y muy señor mío, despertó en un lugar, que le fué difícil reconocer. ¡Era el torno de la Beneficencia! El histórico lugar todavía existe por el costado de la Calzada de Belascoain.

Recuerdo los días del auge de "El Mono Sabio". Había más directores del periodiquito universitario, que lectores. Todos querían entrar "de botella" en los teatros. Luis Echevarría que se creía el más autorizado, se apareció una noche en el Teatro Nacional (entonces flamante, pues en el 1913 lo había estrenado Titta Ruffo con una mediocre compañía de ópera) para gozar del arte de la compañía de Comedia Española de Balaguer y Larra. El portero con una cara de piedra le dijo a "Timbiriche" que no podía pasar, y lo halaba por el cuello de la embencinada americana que por ser negra hacía el papel de smoking. —Esto no se me puede hacer a mí —gritaba Echevarría—, esto es un atropello a la prensa universitaria. Esto es como cerrarle la jaula al Mono. ¿Qué dirá el doctor Berriel? ¿Y Socotroco? ¿Y cómo se burlarán de mí, La Mulata, Rompe, Silvio, el Coronel Caamaño, Figurita, y otras grandes figuras de la colina?

Por fin fué llevado ante el bondadoso y comprensivo Administrador del teatro, mi viejo amigo Ramón Gutiérrez (me han asegura-

do que lee a Don Gual) y éste le dijo al excitado futuro arquitecto: ¡Cálmate, Timbiriche! Lo que pasa que este carnet tuyo dice Director de "El Mono Sabio" y ya esta noche tú resultas el séptimo... A pesar del incidente, R. G. dejó pasar al perturbado director.

Otra noche (y sigo recordando "El Mono Sabio"), los muchachitos Echevarría (ya muy mencionados en el pasaje anterior) y Cárdenas (el Silvio famoso que rapó a la leona de Armenonville), tenían unas ganas enormes de asistir a un "guatequito", donde se reunía lo más granado (o graneado) de la sociedad... bohemia y entre los dos no llegaban ni al medio peso. Después de hacer más números y cálculos que los que hace Juan Gelats en un día, recurrieron a una "salida" que le proporcionaría "entradas". Timbiriche sacó un talonario de suscripciones del "Mono Sabio" y ya decidido a consumir el hecho, y con el nombre de la víctima bien seleccionado, llenaron el talón con el nombre del Hotel Telégrafo. Y, aunque ya era tarde, tuvieron la suerte de hallar en el zaguán del hotel a la bonísima Doña Pilar. Y le presentaron el recibo por diez "huayacanes". La mirada que les echó la dama fué de asombro, y luego de comprensión.

—¿Qué horas son éstas para cobrar una cuenta?

Eran las once de la noche de un domingo de carnaval. Y riéndose Doña Pilar le puso el O. K., a la nota enviándolos a la carpeta donde cerraba las cuentas del día Don Guillermo del Toro.

—Está bien, les pagaré —dijo el hotelero— pero quiten esta fecha de 1921 y pongan la de 1931 porque ya he pagado nueve años... ¡adelantados!

Y sonriendo socarronamente, el bueno de don Guillermo les entregó los diez billetes tan necesitados.

Y Silvio y Luisito dieron el "gran golpe" entre sus selectas amistades, y Silvio algún otro "gran golpe" pues el pobre tenía el brazo tan débil que se le escapaba... hasta tropezar con las narices de un ex fiato.

Y cierro aquí mi libro de memorias. Quizás otro día, añada un tercer capítulo, a estas mismas memorias de la Acera del Louvre que tanto frecuenté.

Guf. al 13/47

PATRIMONIO DOCUMENTAL

ORIGEN DEL HISTORICISMO
DE LA HABANA